

LA POESIA EN EL ESTRADO,
Y
ACADEMIA EN LA VISITA.

SEGUNDA PARTE.

NACE de altivo risco, humilde fuente,
De la sed por pequeña despreciada,
Y aumentando su curso acelerada,
Con miedo el mar recibe su corriente.

La pavesa, que el tacto aun no la siente,
Y la vista dexó por apagada,

Ya con veloz incendio propagada,
Aumenta en llamas el terror luciente.

La roca, que en el golfo resistiendo,
Rasga las olas, que la están chocando,
Se mantiene entre riesgos padeciendo.

Assi en mis ojos nace amor llorando,
Assi en mis venas se propaga ardiendo,
Y assi mi pecho se conserva amando.

De esta suerte expresó uno de los circunstantes la celeridad, con que nace, crece, y se conserva una amorosa passion. Siguióse luego el suplicar à Don Lindoro pintasse la agigantada estatura de una Nariz. No se preciaba este Caballero tanto de Poca, como de lindo; pero discurriendo que podria industriosamente ocultar la cortedad de su talento, dixo assi:

Erase un hombre à una Nariz pegado,

Erase una Nariz superlativa,

Erase una Nariz Sayon, y Escriba,

Erase un pexe espada mui barbado.

Era un Relox de Sol mal encarado,

Erase una alquitara pensatiya,

Erase un Elefante boca arriba,

Era Ovidio Nason mas Narizado,

Erase un Espolon de una Galera,

Erase una Piramide de Egipto,

Las doce Tribus de Narices era.

M. Erase un Nariscísimo infinito,
Muchísimo Nariz, Nariz tan fiera,
Que en la cara de Anás fuera delito.

No bien habia concluido, quando sin poder suspender el primer movimiento de la colera, al escuchar semejante audacia, le dixé: Es posible, Señor Don Lindoro, que presume v. m. desairar à un Concurso tan autorizado, suponiendole capaz de creer repentina produccion de su ingenio un Soneto, que tal vez mereció algun cuidado à su Autor Don Francisco de Quevedo, honor de la Poesia Española? Y quando algunos creyesen tan atrevida ficcion, resultaria del aplauso de v. m. nuestro desprecio, pues ninguna de las Poesias, con que hemos manifestado, mas nuestra respetosa obediencia, que el proprio ingenio, tiene presunciones de competir, ni aun con los descuidos de tan elevada fantasia. No es decente referir esse Soneto, sino para repetir con él la nunca suficiente alabanza de su Autor. Con razon discurrirá qualquiera, que al oir esta reprehension, se quedaria el tal Señorito tamaño como un huevo, sin piular, ni chistar, ni decir esta boca es mia: pues no fue assi; antes poniendose mas empinado, que codo de buen bebedor, me replicó. Y qué? Señor Crítico, quando esto no hubiesse sido un chiste solamente, seria yo acaso el primero, à quien se le luciesse el trabajo ageno? Ya no se ven sino salteadores de Sonetos, rateros de Letrillas, surcidores de conceptos, y remendones de equívocos. Si hubiesse dia de Juicio para los Poetas, se reconoceria la desnudez de sus Obras, despues de haberse restituído las agudezas à Qvén, las expressions profundas, y casi incomprendibles à Gongora, los conceptos equívocos à Quevedo, &c. Confieso, le respondí, que, con lastima de los inteligentes, se hallan muchos de estos, que el Vulgo cree Poetas, siendo realmente Monos del Parnaso, pues solo la imperfeccion con que remedan las Obras agenas, puede hacer dudar, que son las mismas; pero tambien es cierto, que los poco instruidos creen de esta classe todas las producciones modernas de muchos Ingenios, que ansiosos de aprovechar en la Escuela de tan grandes Maestros, procuran beber su estilo, imitar su locucion, y familiarizarse con la grandeza de sus pensamientos, observando el mayor desvelo en buscar expressions semejantes à las que admiran. Este loable Sistema califican de hurto sus necios Censores. Las Obras de Don Diego de Torres padecieron la injusta Crítica de ser una copia substancial de las de Quevedo,

y lo mismo se creará, sin duda, de qualquier Papel, que se adorne con estilo jocosó. Lo cierto es, que la Crítica necessita mas ingenio, reflexion, y madurez de la que regularmente se emplea en ella, y que muchas veces se pretende dissimular con este pretexto la embidia, y aun la particular averfion, y venganza.

Mas hubiera dicho, pero me vi obligado à suspender el discurso, por no empeñarme en segunda quèstion con el Caballero, viendo que hacia el mismo caso de quanto yo decia, que un Avogado de quien tiene pleitos, y no dineros, pues sonriendose con mas falsedades, que un mal processo, continuó con la referida Doña Liquida sus chanzonetas con este ironico razonamiento. No me parece conveniente, que menospreciemos tanta doctrina como nos franquea la sábia circunspeccion de este ya Academico Concurso; y no siendo suficiente nuestra memoria para retener los diversos asuntos, que con tanta erudicion se han tratado, juzgo por mejor no acumular mas especies, pues su variedad confundiria nuestro entendimiento, sin poder instruirle. Comprendo muy bien, dixo la chiquilla, lo que solicita Usia con todo esse preambulo: Veré si mis Amigas son de mi parecer, y si podemos disponer mejor entretentamiento. Levantóse con la palabra en la boca; habló con algunas Señoritas de su misma edad, proponiendoles si querian jugar à *Ande la Rueda*. Luego convinieron; corrió la palabra, y desampararon la mayor parte de los sítiales, saliendo à otra Pieza algo separada, donde ya las esperaba Don Lindoro, con otros mozalvetes de su proprio humor. Apenas començaron el juego, quando un Amigo mio, llamado Don Prudencio, sugeto de avanzada edad, me separó de donde estaba ocupado con tanto gusto, y dixo: Ven, y admirarás lo que tantas veces has visto, y puede ser, que sola esta te sirva de instruccion, y defengaño. Llévome à la Sala donde ya las Señoras, y Caballeros estaban alternativamente asidos de las manos, formando un circulo, y dentro de él Don Lindoro, con los ojos vendados, y un cepillo en la mano. Qué te parece de esto? me dixo entonces. No creo, respondí, que sea esta diversion tan loable como la que logramos antes, y conozco por experiencia propia, quan expuesta es para la juventud semejante interpolacion de sugetos. Aquí se logran repetidos favores de las Damas, sin que les cueste el concederlos vencer aquella repugnancia, con que se franquean à quien no los solicita. Aquí peligra el decoro, pudiendo demostrarse los amorosos deseos mas
con

con las acciones , que con las palabras. El activo , y eficaz lenguaje de los ojos , expressa aquellos afectos , que encierra el corazon , y que tal vez , aun vencido aquel primer vergonzoso reparo , no podria manifestar la mas instruida locucion. Aquel que , presumiendo de Cupido , pública la ceguedad con que prefriere este entretenimiento à tantos otros , que sin fatigar su entendimiento podian instruirle , tal vez en lo que parece que busca , no solicita el acierto , pues con él se acabaria su ingeniosa diversion. Confieso , que con gusto me introduciria por eslabon de essa cadena , ò centro de esse circulo ; pero la violenta passion , que me inclina , no obscurece al natural discurso , que me dicta lo veridico , y precave de lo peligroso. Esto me parece , Amigo Don Prudencio , y no presumo engañarme , quando hablo contra el dictamen de mi apetito , y conforme al de mi entendimiento. Bien juzgas , dixo él ; pero si tu discurso advierte estos peligros , superando à las passiones , tambien consiguen estas disminuirle la deformidad de los objetos. Aun está el daño mas interiorizado de lo que crees , y es mas contingente el riesgo en estas diversiones. Raro modo ha encontrado el vicio para disfrazarse con el decente trato. Siempre se juzgó lo peligroso de una ocasion por la falta de testigos , y aquí la presencia de tantos no minora el contagio , porque à todos se extiende. Desea , quien logra alguna libertad , que sean ocultas sus acciones , y aquí lo consigue entre tantos por la ceguedad de todos. Sin que exteriormente se vulnere la decencia obra el incendio interior , y es el fuego tanto mas activo , quanto es imperceptible. El mismo que padece el mal , no le comprende las mas veces , pues , recreado el animo , recibe entre un amoroso deleite al mayor enemigo de nuestra quietud , interiorizandole en el corazon , hasta concederle su absoluto dominio. Assi se enagena el hombre de su propia voluntad , y por justo castigo de tal locura , no puede recobrarla facilmente , aunque los repetidos desengaños le obliguen à suspirar por ella. Reconoce su esclavitud , quando está tan ligado à la cadena , que incapaz de desfecharla , ni aun puede huir , sino con torpes passos , impedidos con el peso de tanto hierro.

Ande la Rueda , dixo Don Lindoro , y al punto se pusieron rodos en movimiento circular , hasta que se suspendió à la voz del mismo. Aquí fue elló. Comenzó la tentacion del cepillo ; à uno le barrian los vigotes , à otro le agachavan las narices , ajandole à otro la vanidad con zarandearle los bucles. Las Se-

ñoritas, para evitar semejantes fracasos, ya se ponian en cuclillas, ya volvian la espalda, y huian el cuerpo à la tentacion, falliendose de la Rueda. Tantas ridiculas posiciones aumentaban el divertimento. Estaba el Caballero tentador sobando los ocicos de otro, que suspendió la risa, quanto era dable, hasta que obligado de su fuerza, prorumpió en una carcajada, à modo de estornudo, granizando de babas el cepillo, y aun la cara de quien le tenia, que luego fue à limpiarle en los moñetes de otro. Todo era bulla, y parecia que unicamente atendian à disfrutar aquella diversion. Ves la risa, que causan à todos, me dixo Don Prudencio, los desfacierros de esse vendado mozuelo? Pues cree ciertamente, que él se burla de los mismos à quien divierte. El lienzo, que trahe en los ojos, no le impide enteramente distinguir los objetos, y tal vez se engaña à sí mismo, quando presume burlar à los otros con una fingida ceguedad, siendo verdadera la que padece en el mismo fingimiento. Mirale como mas se aproxima adonde pueda deslizarse el tacto, que adonde configa, por alguna señal exterior, averiguar el sujeto. Creo que puede hallarse la innocencia entre este bullicio, pero siempre con peligro de perderse. No son menos perjudiciales otros muchos juegos, que bien sabes se usan en estas concurrencias: en unos se dispierta la malicia con equivocadas preguntas, y respuestas, como en el de *los Despropósitos*; y en otros se da lugar à las señas amorosas, como en el de *la Sortija*. Alabo la prudencia, con que muchos sujetos privan à sus hijos de semejantes diversiones, donde jamás se adelanta la virtud, y siempre se arriesga. Ven, y concluyamos este parentesis de nuestra Academia, dexando à los que forman essa Rueda, de cuyas vueltas tal vez los desengañarán las del Mundo, que, aunque loco, predica manifestando sus locuras. Seguile de mala gana, pues à pesar de tan serias reflexiones me pellizcaba la tentacion, andaba el deleite de buréo, y el apetito de gallo, al ver las chiquillas, que eran, unas pelirubias, otras ojinegras; todas arrojaban chispas, y despedian rescoldo; su continuo movimiento, fatigandoles la respiracion, daba mayor resalte à su belleza; y finalmente estaban tan coloraditas, petimetras, y adornadas de piochas puestas al descuido, que llaman *del qui-qui-riqui*, que harian respingar à un muerto; y solo la gravedad de mi buen viejo, que conocia, y reprehendia con su vista este albororo de mis pasiones, pudo hacer, que desprendiendome de estos retozones afectos, entrasse en la otra Sala, donde proseguia la diversion, glorificando un Caballero la siguiente Quarteta, como se ve.

Si al Letrado su Muger

Busca pleitos sin razon,
Y él, siguiendo su opinion,
Nos vende su parecer:
Si Tomos, que quiso ver,
En la cabeza se queda.
Ande la Rueda.

Si todo hablar, es mentir,
Todo reir, es burlar,
Todo querer, estafar,
Y todo amar, es pedir:
Mientras no puedan decir,
Que tal daño me suceda.
Ande la Rueda.

En esto entraron los Pages, avisando à sus Señorías, que tenían prontos los Coches, y Criados. Acabóse el juego, dissolvióse la Academia, se barajó el concurso, y comenzaron los cumplimientos. Eran estos tan prolíxos, especialmente entre la Señoritas con tantos abrazos, y cariños, que pareciendome no se concluiría en breve rato, tomé la puerta, para ver si con el fresco de la calle conseguia despejar la cabeza, y divertir la imaginativa de tanta variedad de ideas, como le habian ocasionado los diversos objetos, que he referido. Caminaba con mas prisa, que Fraile combidado; quando me alcanzaron unos mocitos, que salian disparados de la misma casa, los que me divertieron con su conversacion, que se reduxo à criticar quanto habia pasado en la Visita. Unos se quexaban de la impertinente vigilancia de las Madres; otros de las mudanzas de las hijas: quien venia gozoso de haber conseguido el cariño de una Dama, y quien, pensativo, lamentaba los zelos, que le causaba otro cortejante. Uno habia entre ellos, que festejaba à todas, sin apasionarse à alguna, sirviendolas à proporcion de los gages; y entre él, y yo nos reimos de los demás, hasta que, llegando el caso de separarnos, continuaron ellos su camino, tomando yo el de mi casa; donde cenando en abreviatura, ensabané luego la persona, deseoso de reposar, para poder à la mañana siguiente ir à cumplir con la acostumbrada ceremonia de saber si habian descansado las Señoras.

CON LICENCIA, EN BARCELONA.

Se hallará en la Imprenta de la Gacera, y en la Libreria
de Carlos Gibért, calle del Call.